

***Interculturalidad desde el sur:
Demandas y Proyecciones en el Bicentenario***

Norma Huerta A., Astrid Gusenbauer y Luis Cárcamo U.
Editores



Ediciones Universidad Austral de Chile

- Cortina, Adela. 1997. *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gimeno Sacristán, José. 2001. *Educar y convivir en la cultura global. Las exigencias de la ciudadanía*. Madrid: Morata.
- Giroux, Henry. 1993. *La escuela y la lucha por la ciudadanía*. México: Siglo XXI.

Terremoto social en Chile: discurso y realidad

FRANCO LOTITO C.

Doctorado en Ciencias Humanas
Universidad Austral de Chile
aurfga@sumnet.cl

Introducción

El concepto de “discurso” ha sido enfocado de múltiples maneras. Así, por ejemplo, Fairclough y Wodak (2000) sostienen que el discurso es algo más que el lenguaje en uso, por cuanto éste estaría constituido por diversas realidades de naturaleza social, afirmando que es a través de la utilización del discurso que los usuarios de un determinado lenguaje van “construyendo” sus propias identidades y su realidad social. Kress (1990), por su parte, visualiza al discurso como un “sistema de significados” múltiples al interior de cuya trama existen una serie de aseveraciones que están organizadas de forma sistemática, de manera tal que permiten expresar los significados, valores y principios de una determinada institución, cultura o sociedad. Van Dijk (2003), desde la perspectiva del análisis crítico del discurso (ACD), entiende y analiza al discurso como una actividad y expresión de carácter social que involucra la creación de significados con el lenguaje -sea éste escrito o hablado-, o bien, con otros sistemas simbólicos en algunas situaciones particulares, aspecto que lo convierte en una forma de práctica social claramente identificable.

Como corolario de todo lo anterior, podemos afirmar que el discurso puede convertirse en un factor que cumple una función no sólo como elemento socializador, comunicacional e ideológico, sino que también en un factor determinante que permite aglutinar a un grupo de personas en torno a ciertas ideas, expectativas, predicamentos, principios y valores.

Con este marco, pretendemos aproximarnos al comportamiento de la comunidad durante el terremoto en Chile del 27 de febrero de 2010. La comunidad chilena sufrió este desastre natural de grandes proporciones, con daños notables que fueron mucho más allá que lo meramente estructural: nos causó severos daños emocionales y de imagen. La pregunta acerca de si somos, en realidad, como aquella mítica figura del minotauro (mitad hombre y mitad bestia) cobra fuerza y relevancia. ¿Qué nos explica lo acontecido con la conducta de nuestros compatriotas (tanto de los afectados directamente como de aquellos no afectados por los movimientos telúricos) durante los días siguientes al terremoto? ¿Qué factores o circunstancias gatillaron los severos estrallidos de descontrol, violencia, hostilidad y pillaje masivo?

¿Un problema de identidad nacional?

La primera interrogante que surge en torno al tema identitario es si existe realmente algo que pudiéramos denominar la "identidad nacional" del chileno o si es sólo el resultado de un espejismo comunitario en que todos participamos de una suerte de ilusión colectiva como una manera algo desvirtuada y disorsionada de hacernos sentir más y mejor de lo que realmente somos. Al alero de las investigaciones y de los resultados obtenidos, más bien parece ser una mezcla de las dos alternativas. La "identidad del chileno" no puede tomarse relevante sólo en los meses de septiembre de cada año, ni tampoco podemos pensar que las empanadas, el caldillo de congrijo, el vino tinto, la chicha, el pebre, el pan de huevo, el fútbol y los volantines encumbrados puedan representar genuinamente el alma nacional. Por otra parte, el idioma castellano y la religión católica (que profesa más del 70% de los chilenos) que pudiesen considerarse como factores de gran influencia en nuestra identidad han llegado en realidad desde fuera de la comunidad. En este sentido, si quisieramos ser rigurosos en cuanto a diferenciar entre lo propio y lo ajeno, entonces deberíamos estar hablando *mapudungun*, jugando *chueca* y profesando alguna otra orientación religiosa más *ad hoc*. Sin embargo, no es el caso.

La identidad nacional, junto con ser un sentimiento que surge del amor que se tiene hacia la patria -sentimiento que al ser internalizado en nuestra conciencia nos lleva a defenderla donde estemos y de cualquier ataque- también

está constituida por un conjunto de valores que son parte integral del quehacer cotidiano y que revela una parte importante de cómo vive, siente y actúa una persona que forma parte de esta sociedad.

En un estudio realizado en Santiago por el Centro de Estudios de Opinión Ciudadana de la Universidad de Talca (2006) con el objetivo de investigar acerca de la opinión de los santiaguinos en relación con la identidad de los chilenos, se estableció que el valor que identificaba positivamente a la mayoría de los chilenos encuestados era la "honestidad y solidaridad" con un 39%, a lo que le seguía el ser "buenas personas" con un 24%, en tanto que lo más negativo era ser "flojos o sacadores de vuelta" con un 24% y "arbitristas" con un 17%. Por otra parte, al preguntárseles a las personas por el factor que les causaba mayor vergüenza de la imagen de Chile como país, el 51% respondió que era el hecho de que se nos "catologue como ladrones".

Resulta válido entonces preguntarse acerca de qué es aquello que nos une e identifica a todos los chilenos, cuáles son los elementos o factores que componen esta unidad y si ésta experimenta algún tipo de cambio en el tiempo o resulta ser siempre la misma identidad. El diccionario de la Real Academia Española define identidad como el "conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás" (RAE 2010). También se ha establecido que la identidad de una nación alude a una cualidad o un conjunto de cualidades con las que un individuo o un grupo de personas se ven a sí mismas como íntimamente conectados (Krebs, 2008).

De acuerdo con las investigaciones de Larrain (2001, 2005) la llamada "identidad nacional" del chileno es un tema que si bien está en permanente construcción (por no ser algo estático e inalterable) contiene algunos elementos esenciales que permiten su descripción y caracterización. Se sobreentiende que esta construcción se va alcanzando y conformando en la medida que una cultura o sociedad avanza y se desarrolla, cuidando de resguardar la memoria histórica nacional, destacando y preservando en forma especial todos aquellos aspectos considerados como sus principales fortalezas y sus virtudes.

Para Wodak *et al.* (1999) el concepto de nación como una "comunidad imaginada" ha ido ganando, cada vez más, una mayor importancia en la literatura y en la investigación durante las últimas décadas. La pregunta que también se hacen estos estudiosos es ¿cómo se construye en el discurso la identidad nacional? Al

intentar responder a esta pregunta surgen inmediatamente a la luz una serie de temas, estrategias discursivas, recursos lingüísticos que se emplean para construir, por una parte, la singularidad e igualdad de dicha identidad y, por otro lado, para reflejar las diferencias que existen en relación con otros colectivos nacionales (Reisigl y Wodak, 2001).

Mencionemos que para el investigador García Canciani (2001) el hecho de tener una identidad implica necesariamente "tener un país, una ciudad o un barrio, una entidad donde todo lo comparado por los que habitan ese lugar se vuelve idéntico o intercambiable" (García Canciani, 2001: 173).

Para Hoyos (2000), en tanto, sólo se puede hablar de identidad si se reúnen las siguientes condiciones: que exista una patria o territorio histórico, que se dé la presencia de mitos colectivos y/o recuerdos históricos, que haya una cultura de masas que sea común y pública para todos, que existan deberes y derechos por igual para todos los integrantes de la comunidad y, finalmente, que haya una economía unificada que dé paso a la movilidad territorial de sus integrantes.

Por su parte, en uno de sus informes anuales, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2002) expresa que:

La "identidad nacional" es más que una suma de identidades sectoriales, y algo distinto a esencias preconstituidas. Tampoco surge sólo de una reflexión individual espontánea. Requiere de un ámbito comunitario. Se configura en el hogar, en la escuela; se transmite, para bien o para mal, en los medios de comunicación de masas, a través de los libros, del mundo político, de los "líderes de opinión".

Para delinearla es necesario despolvar la historia, averiguar sus tradiciones, costumbres; conocer sus héroes, sus antihéroes, el pasado vigente, aclarando que se trata de un pasado en movimiento, no de un culto nostálgico a lo que fue. Corresponde conjugar lo que fue con lo que es y con lo que debería ser.

(PNUD, 2002: 57).

En este sentido, el modelo histórico-discursivo desarrollado por Wodak *et al.* (1999; Reisigl y Wodak 2001) se elaboró como resultado de algunas investigaciones en relación con la representación discursiva de la identidad nacional de la sociedad austríaca. Este modelo defiende, justamente, la necesidad de un amplio análisis de aspectos históricos y sociales de la cultura o sociedad que se estudia con el objetivo de realizar una apropiada interpretación crítica del discurso acerca de la identidad

nacional. El resultado de estas investigaciones condujeron a la caracterización de cuatro macroestrategias discursivas:

1. Estrategia constructiva: necesaria para edificar y/o armar una identidad nacional
2. Estrategia justificadora: su utilidad reside en la reproducción y mantención de la identidad nacional
3. Estrategia transformativa: usada para cambiar ciertos aspectos de esa identidad nacional
4. Estrategia destructiva: necesaria para atacar y desmontar la identidad nacional

Por lo tanto, las narraciones, acciones, historias y/o discursos acerca de una comunidad o de una nación cumplen las funciones de construir, justificar, transformar o destruir la identidad de la comunidad o pueblo en cuestión, las que se concretan en el discurso por medio de una serie de categorías lingüísticas y estrategias discursivas de referencia y predicación, entre otras, donde la referencia, por ejemplo, alude al modo en que se nombra o refiere un actor social, en tanto que la estrategia discursiva de predicación se enfoca en cómo dicho actor social es representado, a saber, las características y cualidades que se le atribuyen y asignan en el discurso.

Visto de este modo, entre los elementos lingüísticos que deben analizarse deben incluirse el uso de adjetivos, pronombres, elecciones léxicas, metáforas, etc., para efectos de caracterizar, describir y referirse a la identidad de un pueblo. El análisis del conjunto de estas estrategias y elementos lingüísticos permite comparar, contrastar e identificar el predominio de ciertas estrategias discursivas recurrentes en la prensa, libros, cine, otros medios de comunicación y en el ideario histórico cultural de la identidad de una nación.

El análisis lingüístico nos señala que algunas estrategias de predicación y referencia en la prensa nacional se orientan a la construcción de una identidad nacional a través del uso concreto del pronombre personal en primera persona plural: nosotros los chilenos, o bien, pronombres indefinidos tales como cualquier chileno, todo chileno, los cuales, con un sentido de más amplia inclusión, permiten la elaboración de un concepto de unidad nacional.

Por otra parte, en ocasiones, la identidad de una nación se construye y define por oposición a otras naciones, generalmente con países vecinos. Así por ejemplo,

los argentinos se definen a sí mismos en oposición a los brasileños (con quienes mantienen diversas rencillas, especialmente a nivel futbolístico), en tanto que los chilenos hacen lo mismo en relación con los bolivianos y peruanos (siendo nuestros desencuentros con estos países de otra naturaleza). Cuando esta situación se da, lo que se hace es poner más énfasis en las diferencias existentes más que en las posibles similitudes entre pueblos que, supuestamente, son “hermanos”.

Debemos tener presente que esta apreciación de la identidad nacional, necesariamente, estará mediada -entre otros factores- tanto por la manera en cómo nos percibimos a nosotros mismos, así como por la forma en que los otros nos perciben a nosotros (Forgus, 2004; Whitaker, 2005; Myers, 2005; Robbins, 2009).

En este sentido, los psicólogos reconocen la organización jerárquica de nuestros sistemas sensitivos y, en ocasiones, dividen el proceso general de la percepción en dos fases distintas pero absolutamente complementarias: sensación y percepción, en que este último corresponde a un proceso de nivel superior que “incluye integrar, reconocer e interpretar” (Pinel, 2008: 174) el conjunto de todas las informaciones que se encuentra en el entorno más cercano de la persona. El problema de la percepción es que las personas tienden a interpretar la información de acuerdo a su propia percepción de la realidad y no de lo que es la realidad en sí, situación que, en ocasiones, lleva a graves y serias distorsiones perceptuales.

El proceso de construcción identitaria

Desde el instante en que Johann Gutenberg inventara la imprenta, tanto este formidable medio de comunicación como el resto de las instancias comunicativas de masas que han venido a ocupar espacios culturales se han transformado en medios potentes de expansión del pensamiento, de las ideas y de los sucesos histórico-sociales concernientes a los seres humanos: sus creaciones, su desarrollo, sus percepciones, sus bondades, sus historias y odiosidades.

Umberto Eco (1987) plantea que la prensa escrita (su control y manipulación) cumple un rol importante en el proceso de forjar y controlar -sin necesidad de llegar al uso de las armas- la conciencia de una determinada sociedad, incluso, del planeta en su totalidad. Esto se complementa perfectamente con el papel que juegan los medios

de comunicación en la formación de una conciencia identitaria en relación con los eventos y noticias que se reflejan en los diversos medios escritos (diarios, revistas, libros) y audiovisuales (imágenes, televisión, radio, etc.).

Respecto de lo anterior, no cabe duda alguna acerca del rol de la prensa en general, en la construcción, elaboración y representación discursiva de aquello que podríamos denominar la “identidad nacional de un pueblo”. En una de sus investigaciones, Larrain (2001) consigna que la identidad de un país -en términos generales- se expresa en un determinado contexto histórico, y que, en la medida que este contexto histórico se modifica (producto del desarrollo económico y/o tecnológico por ejemplo), así también va cambiando la identidad nacional. Lo anterior determina que en dicha identidad no sólo se proyecten y manifiesten las formas pasadas de reconocerse en el discurso nacional al respecto de este concepto, sino que también es un proyecto de construcción futura abierta a modificaciones, agregados u omisiones.

Larrain (2001) también deja establecido que habría identidades individuales y colectivas que se encontrarían en una suerte de constante interacción, postulando que la identidad resultante se expresa por intermedio de la interacción de tres dimensiones:

- a) Una identidad que refleja ciertas características y lealtades grupales (o sectoriales), con las cuales nos sentimos representados, reconocidos e identificados y que hacen alusión a género, clase, nación, entre otras
- b) La dimensión material de la identidad que alude a la corporalidad. En el caso de la identidad personal, ésta está vinculada al cuerpo humano, en tanto que en lo que concierne a las identidades culturales, ésta se asocia al territorio y al espacio geográfico, en la medida que dicho espacio geográfico permite reconocernos formando parte de una instancia y unidad superior. El cómo nos ven los demás constituiría la tercera dimensión de este modelo de construcción identitaria. En el caso de las identidades nacionales, la presencia de un “otro” está dada por las otras naciones y cómo interactuamos y nos relacionamos con ellas.

En este sentido, Larrain (2005), en aspectos muy coincidentes con lo que se plantea en los escritos e investigaciones relacionados con el Análisis Crítico del

Discurso en la línea de van Dijk (2000, 2003), Fairclough y Wodak (2006), Kress (1990) y de otros estudiosos, expresa que:

Las versiones públicas de identidad nacional se construyen normalmente sobre la base de los intereses y versiones de mundo de algunas clases o grupos dominantes de la sociedad, a través de una variedad de instituciones culturales, como los medios de comunicación, instituciones educacionales, religiosas y militares, aparatos del estado, entre otros (Larrain, 2005: 191).

Teniendo presente lo anterior, debemos aceptar el hecho de que el terremoto y posterior maremoto ocurrido en Chile parecen haber resquebrajado seriamente no sólo los cimientos de la infraestructura vial, portuaria y edilicia de vastos sectores de nuestro país, sino que la esencia misma de su identidad chilena discursiva, al punto que todo el país, ante las decenas de imágenes denigrantes de saqueo, graves agresiones a la propiedad pública y privada, incendios provocados, pillaje masivo y destrucción sin control capturadas por decenas de cámaras de televisión (tanto nacionales como extranjeras), se ha visto obligado a preguntarse y cuestionarse... ¿qué pasó con el alma nacional? ¿Qué sucedió con una parte importante de las personas que conforman su población?

Incluso, el capellán del Hogar de Cristo en un artículo publicado en el diario *El Mercurio* (6 de Marzo de 2010) plantea que el país sufrió “fallas estructurales graves en el plano valórico”. Por su parte, el periodista y comentarista Francisco Mouat expresa, de manera muy dura, que “esa misma devastación que corta la luz y el agua y bloquea los caminos nos hace mostrar el lado más salvaje y oscuro del alma humana, esa condición de cucarachas que surge en situaciones límites”. Finalmente, consignemos las desencantadas palabras de un ciudadano común y corriente, cuyo negocio fue severamente afectado por el terremoto y que luego fuera saqueado por una turba de vecinos conocidos, quien expresó que no sabía qué experiencia había sido la peor, “si el terremoto, el maremoto o el comportamiento de las personas” arrasando con los negocios, pertenencias y las casas de otros.

Posteriormente, se sumó la reacción de diversas empresas nacionales que comenzaron a despedir a su personal aprovechando -en muchos casos en forma indiscriminada- el desastre natural bajo la cláusula de “caso fortuito o fuerza mayor” (y evitar pagar al trabajador la indemnización que por derecho le corresponde) para

agregar otra debacle para miles de hogares y jefes(as) de hogar, esta vez a nivel laboral. Tanto fue así, que el Gobierno se vio obligado a intervenir directamente para exigir un pronunciamiento de los tribunales laborales y frenar la avalancha de despidos masivos. Todo lo anterior, al quebrarse -contra toda expectativa y pronóstico- la estrecha (y al parecer también frágil) relación existente entre el discurso y la acción; entre el discurso de lo que, supuestamente, somos y el comportamiento final de las personas; entre lo que decimos que somos y aquello que finalmente hacemos y mostramos ante la atónita mirada de nosotros mismos y del mundo exterior (es decir, ante los ojos de los “otros”).

De una nación que se enorgullece con los discursos que destracan la honestidad, solidaridad, rectitud y corrección con que actuamos los chilenos en el mundo entero dando lecciones de probidad, de buen comportamiento, de respeto ético, de honorabilidad, de cumplimiento de las normas, leyes, principios y valores, hemos tenido que pasar a observar cómo, de la noche a la mañana, todas estas normas, leyes, principios y valores de solidaridad han sido sustituidas por actos plenos de barbarie, donde el pillaje, el latrocinio, el robo, el incendio premeditado y la ley del más fuerte han terminado por imponerse (al menos por algunos días) en el quehacer nacional y socavar el imaginario social que es el que construye el discurso en torno a ciertos valores, corroyendo y contaminando, en definitiva, este “sistema de significados” al que aludía Kress. No por nada, Fernández (2010), un psicólogo experto en organizaciones, luego de examinar -con mucho desconcierto y sorpresa- el comportamiento frío, distante y poco solidario de diversas empresas ante la crisis nacional, expresó:

Las personas estamos y seguimos asustadas y, desde la organización, una de las mejores maneras de recobrar el equilibrio y la tranquilidad es contando con un colchón afectivo que me contenga y con un equipo que mediante su escucha reconfigure una conectividad y un clima positivo que me permita mostrar mis temores sin vergüenza ni pudor (2010).

De acuerdo con decenas de observaciones en terreno, de estudios de campo y de laboratorio realizados por distintos investigadores del área de la psicología social, las personas mostramos la tendencia a equivocarnos al predecir nuestro propio comportamiento. Es así, por ejemplo, que Myers (2005) consigna que:

Mar, etc.) con la misma intensidad con la que afectó a ciudades como Talcahuano, Concepción, Constitución y otras? La otra pregunta repetida cientos de veces en los medios de comunicación masiva fue: "¿Qué nos pasó a los chilenos en el día del terremoto?"; luego de haber caído en las acciones, comportamientos y actitudes que hoy todos deploramos y que dieron la vuelta al mundo. Lo cierto es que la unidad entre el discurso y la acción se vio completamente rota, planteándose una suerte de resquebrajamiento de la identidad chilena como colectivo social. En estricto rigor, la imagen del chileno esencialmente respetuoso, honesto, solidario y responsable también se vio sometido a un verdadero movimiento telúrico generalizado.

Conclusiones

En la medida que se han ido llevando a cabo las investigaciones policiales en relación con los miles de individuos sorprendidos en actos de pillaje y descontrol, han salido a la luz pública hechos que llaman la atención, tales como que más del 90% por ciento de estas personas sorprendidas en actos de robo y pillaje no tenían antecedentes delictuales en los registros policiales, y pertenecían -transversalmente- a todas las capas sociales, acontecimiento que llevó a muchos a expresar que -luego del terremoto del 27 de febrero de 2010- había un antes y un después en la historia y memoria del colectivo social de Chile, acortando además que los sociólogos y psicólogos tendrían mucha tarea por delante para efectos de explicar lo experimentado por la población chilena, así como las imágenes vistas durante los días posteriores al movimiento telúrico.

Cuando se pidió a las personas que fueron sorprendidas en estos actos delictuales una explicación a su conducta, la respuesta más frecuente que salió de boca de ellos fue que "estaban haciendo solamente lo que los demás también estaban haciendo", y que se habían dado cuenta, a posteriori, de "que lo que habían hecho estaba mal". En otras palabras: parece que nos estimulamos unos a otros para hacer juntos aquello que no nos atreveríamos a hacer solos.

Al respecto de lo anterior, la psicología social intenta explicar este tipo de actuaciones por intermedio del concepto de "desindividuación" (Mullen, 1986). Es decir, un proceso por medio del cual el individuo pierde tanto su yo individual como

así también el sentido de responsabilidad por sus propios actos y comportamiento. En las observaciones y experimentaciones se constata que los grupos están en condiciones de estimular a los individuos y que pueden diluir la responsabilidad personal. Tanto es así que Myers (2005) plantea que:

Cuando se combinan la estimulación y la falta de responsabilidad y se reducen las inhibiciones normales, los resultados pueden ser sorprendentes. La gente puede comer actos que van de un ligero amotinamiento de las restricciones (arrojar comida en el comedor, insultar a un árbitro, gritar en un concierto de rock), a la gratificación impulsiva (vandalismo en pandilla, orgías, robos) o explosiones sociales destructivas (brutalidad policíaca, amotinamientos, linchamientos) (Myers, 2005: 300).

El efecto denominado desindividuación se produce, habitualmente, en un contexto de masas y lleva, justamente, a una pérdida del sentido de identidad individual, a la desinhibición y a la reducción del control sobre la propia conducta personal, logrando que las personas se hagan más receptivas a las señales, normas de conducta y actos de grupos y multitudes (Myers, 2005; Whiteaker, 2005; Douglas y Mc Garty, 2001; Akhtar y Samuel, 1996; Mullen, 1986). El conjunto de individuos genera una suerte de excitación general y la sensación general de estar atrapado y/o entrampado en un suceso que sobrepasa a la persona.

Es el mecanismo que ayuda también a explicar por qué razón un grupo de "honorables ciudadanos" está en grado de realizar los más horribles actos de linchamientos y asesinatos masivos, algunas de cuyas víctimas son también personas absolutamente honorables e inocentes. En el registro y memoria histórica de la humanidad hay ejemplos por docenas de este tipo de comportamiento.

El investigador Mullen (1986) por ejemplo, ha constatado, que en los linchamientos, mientras más numerosa es la turba, más pierden los integrantes de la misma la conciencia personal, situación que los vuelve impredecibles y más predisuestos a cometer diversas atrocidades tales como "colgar, disparar, quemar, lacerar o desmembrar a la víctima" de turno (Mullen, 1986: 187). En cada una de estas situaciones se desvanece y se pierde el temor a ser "evaluados", por cuanto, dado que "todos lo hacen", todos los participantes terminan atribuyendo su conducta al acontecimiento mismo, más que a su propia responsabilidad y a las decisiones que tomó en forma individual.

La primera pregunta que debemos hacernos a la luz de los hechos y que, al menos por ahora, deberá quedar sin respuesta, es si es posible prevenir a futuro -a través de algún tipo de nuevo "discurso" específico, por medio de programas preventivos, cursos de educación cívica, clases de formación de valores, etc.- el tipo de actitudes, acciones y comportamientos vergonzosos como los vividos en Chile recientemente.

Por otra parte, luego de un detenido análisis de los hechos acontecidos en nuestro país a raíz de este terremoto y posterior *tsunami* moral, la segunda pregunta que deberemos intentar responder es si la caracterización de la identidad chilena reflejada en nuestras representaciones colectivas, en nuestro discurso diario e imaginario social, no debería ser sometida a un detenido y severo escrutinio para efectos de readecuarla a la realidad que todos nos vimos obligados a observar (con "representaciones colectivas" se hace alusión a una clase de ideas y creencias propias de un colectivo o grupo social en un momento determinado: Moscovici, 1999). No cabe duda que más de una de las estrategias definidas por Wodak *et al.* (1999) en la definición de la identidad nacional -la macroestrategia transformativa y la destructiva-, deberán entrar en acción con el objetivo final de ajustar nuestras percepciones con las experiencias y acontecimientos vividos últimamente.

A modo de reflexión final, digamos que el siglo XX recién pasado, aún cuando ha sido considerado en forma unánime por los estudiosos e investigadores actuales como el siglo académicamente más escolarizado y con las mayores riquezas económicas producto del alto nivel de desarrollo organizacional e industrial que ha tenido la historia, ha sido, al mismo tiempo, el más sangriento, sanguinario y homicida de la historia de la humanidad, donde, además "de los genocidios y las hambrunas provocadas por el hombre, hubo aproximadamente 182 millones de muertes por desagrado de las masas" (Matthew White, 2000, cit. en Myers, 2005: 382), es decir, porque las personas -protegidas en y por la masa anónima-, simplemente, experimentaron en sí mismas el fenómeno de la desindividuación, con todas sus fatales consecuencias. Esto nos deja más de alguna cosa para reflexionar.

Referencias bibliográficas

Akhtar, Salman y Samuel, Steven. 1996. "The concept of identity development. Origins, phenomenology, clinical relevance and measurement." *Harvard Review of Psychiatry* 3: 254-267.

- Douglas, Karen y McGarry, Craig. 2001. "Identifiability and self-presentation: Computer mediated communication and intergroup interaction." *British Journal of Social Psychology* 40: 399-416.
- Fardoulgh, Norman y Wodak, Ruth. 2000. "Análisis crítico del discurso." *El discurso como interacción social*. Teun A. Van Dijk (comp.). Barcelona: Gedisa.
- Forgas, Ronald. 2004. *Percepción: proceso básico en el desarrollo cognoscitivo*. México: Trillas.
- García Canclini, Néstor. 2001. *Culturas híbridas: Estrategias para salir y entrar de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Hoyos, Olga. 2000. "Identidad nacional: algunas consideraciones de los aspectos implicados en su construcción psicológica." *Psicología del Caribe* 5: 56-95.
- Krebs, Ricardo. 2008. *Identidad Chilena*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Kress, Günther. 1990. "Critical Discourse analysis." *Annual Review of Applied Linguistics* 11: 84-97.
- Larrain, Jorge. 2001. *Identidad Chilena*. Santiago: Lom.
- . 2005. "Integración regional e identidad nacional: Chile, ¿país modelo?". *Revista del Sur* 161: 7-15.
- Milgram, Stanley. 1964. "Group pressure and action against a person." *Journal of Abnormal Psychology* 69: 137-143.
- Moscovici, Serge. 1999. *Psicología Social*. Barcelona: Paidós.
- Mullen, Brian. 1986. "Atrocity as a Function of Lynch Mob Composition: A Self-Attention Perspective." *Personality and Social Psychology Bulletin* 12 (2): 187-197.
- Pinel, John. 2008. *Biopsicología*. Madrid: Pearson-Addison Wesley.
- PNUD. 2002. *Desarrollo humano en Chile: Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago: PNUD.
- Reisigl, Martin y Wodak, Ruth. 2001. *Discourse and discrimination: Rhetorics of Racism and Antisemitism*. London: Routledge.
- Robbins, Stephen. 2009. *Comportamiento Organizacional*. México: Pearson.
- Van Dijk, Teun. 2000. *El discurso como interacción social*. Barcelona: Gedisa.
- . 2003. *Ideología y discurso: una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Ariel.
- Whitaker, James. 2005. *Psicología social en el mundo de hoy*. México: Trillas.
- Wodak, Ruth, De Cilla, Rudolf, Reisigl, Martin. 1999. "The Discursive Construction of National Identity." *Discourse Society* 10: 140-173.